



el paraíso en el eclipse... Festival de JF. 12-22/8/71 *laig*

Monografias

Discurso y no-discurso: acerca de un problema en la arqueología foucaultiana

Javier Cristiano

Javier Cristiano es
alumno de la Maestría
de Sociosemiótica del CEA

ESTUDIOS • Nº 7-8
Junio 1996 – Junio 1997
Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

De algún modo presente en todo pensamiento acerca del hombre y el mundo cultural, problematizada extensamente por las teorías del discurso y la significación, la distinción entre una realidad simbólica y una realidad “material” corta transversalmente a las disciplinas sociales y humanísticas de este siglo. El campo de interrogantes y discusiones que ha dado en llamarse *socio-semiótica* tiene a esta dicotomía, como lo indica la composición del término, en el centro de sus preocupaciones teóricas.

Dentro de la pluralidad de cuestiones implicadas en la obra de Michel Foucault, ésta es sin duda, también, una de las principales. El problema de lo discursivo y lo extradiscursivo, de la especificidad y las relaciones entre los textos y los “hechos” que constituyen la historia, atraviesa sino a toda por lo menos a buena parte de su producción. Así, *palabras y cosas, saber y poder, arqueología y genealogía*, son pares de conceptos centrales que remiten respectivamente a una y otra de estas realidades. El primer gran giro teórico de Foucault —que puede ubicarse en *El orden del discurso* y, especialmente, en “Nietzsche, la genealogía, la historia”— se puede interpretar también en esta clave: a un momento en que el interés se concentra en el análisis de los discursos (todavía bajo el influjo del estructuralismo dominante en Francia en los años cincuenta y sesenta), sucede la preocupación por esa otra realidad, difícilmente reductible a lo discursivo —aunque complejamente relacionada con él— que es la del poder.

El trabajo que nos hemos propuesto realizar no ambiciona más que aproximarse al enfoque foucaultiano de esta cuestión. Primero, porque optamos por detenernos en lo que se ha denominado convencionalmente “etapa arqueológica”¹ de la obra de Foucault, que corresponde só-

1.- Esta etapa abarca la producción de Foucault entre los años 1954 y 1971. Corresponden a ella siete de sus obras: *Enfermedad mental y personalidad, Historia de la locura en la época clásica, El nacimiento de la clínica, Raymond Roussel, Las palabras y las cosas, La arqueología del saber y El orden del discurso.*

lo a la primera parte de su larga producción. Segundo, porque nos circunscribimos, entre los textos de esta primera etapa, específicamente al que reúne, da coherencia y explícita de manera más clara la naturaleza y el sentido del proyecto arqueológico, que es *La arqueología del saber*. Si bien tenemos en mente también los otros escritos de esta primera etapa —en particular *Las palabras y las cosas*— el objeto de análisis es esencialmente este libro de 1969. Tercero, porque no hemos pretendido ir mucho más allá de una labor que bien puede considerarse preliminar, como es el de mostrar, de manera detallada, en qué puntos y de qué manera lo discursivo y lo extradiscursivo aparece señalado y problematizado por Foucault. Este lento repaso nos permite plantear algunos interrogantes y señalar ciertas tensiones, a nuestro juicio irresueltas, del proyecto arqueológico.

Lo mucho que se ha escrito en los últimos años sobre la obra de Foucault, como así también la dificultad de abarcarla en su totalidad, nos justifica, creemos, en la parcialidad de nuestro abordaje.

La puesta entre paréntesis de las categorías de análisis que permiten pensar la historia de los discursos como continuidad, bien puede ser comprendida como un gesto que marca el espíritu de la empresa foucaultiana: romper con aquello que, por efecto de la familiaridad y la costumbre, se ha tornado sustrato invisible de nuestro pensamiento. Este espíritu no está ausente en el modo abordar los fenómenos de lo discursivo y lo extradiscursivo. Es necesario suspender en este punto el hábito de concebirlas como dos campos aislados entre los cuales se establecerían relaciones de determinación, adecuación, correlación, ocultamiento, etc. En el comienzo mismo de su recorrido, Foucault advierte sobre la necesidad de despojarse de la idea de un “no dicho” que se escondería detrás de los hechos de discurso y los remitiría a referentes no evidentes; necesidad que se redobra posteriormente con el señalamiento de otra condición, incómoda de asumir por cierto, que es la de “prescindir de ‘las cosas’ (...) de las cuales se acostumbra a hacer la ley primitiva de un discurso que no se desviaría de ella sino por el error, el olvido, la ilusión”.² Esta prescindencia de las cosas se erige como una precaución frente a las versiones inocentes de la representación; subraya que no hay transparencia entre signos y realidad y que, por lo tanto, “la realidad” no puede ser nombrada sino entre comillas. Para nuestra lectura de la arqueología, resulta primordial precisar el estatuto de tal prescindencia de las cosas.

Para llegar a ello, debemos recorrer un camino que comienza con la puesta en suspenso de todo concepto que organice a priori los discursos ante los cuales nos enfrentamos y, muy especialmente, aquellos que afirman o sugieren una lógica continuista de los fenómenos discursivos (por ejemplo, la idea de que cuestiones planteadas en una disciplina *influyen* en otra; o la idea de inquietudes que dan forma y sentido a diversos hechos discursivos teniendo como productor a un mismo *autor*, etc.). Una vez realizada esta operación, el problema que se plantea es qué nociones poner en lugar de las categorías descartadas, tarea que define buena parte del proyecto de *La arqueo-*

2.- Michel FOUCAULT. *La arqueología del saber*, Siglo XXI, México, 1995, pág. 78.

logía del saber. Por no ser viables ninguno de los más inmediatos criterios de unificación de los discursos,³ quedamos en presencia de un conjunto de enunciados dispersos, dispuestos en el tiempo y en el espacio sin más orden ni principio unificador que su carácter de *acontecimiento* irreductible.

Frente a esta dispersión, la propuesta será realizar una *descripción* de los hechos de discurso así diseminados, pero teniendo como horizonte a alcanzar no ya solamente un principio unificador, un criterio a través del cual sea posible establecer conjuntos y relaciones entre los conjuntos, sino el orden que rige su irrupción, “un orden en su aparición sucesiva, correlaciones en su simultaneidad, posiciones asignables en un espacio común, un funcionamiento recíproco, transformaciones ligadas y jerarquizadas”.⁴ La difícil pregunta que sintetiza a un análisis de esta naturaleza no es ya —al estilo de la lingüística estructural y de ciertas visiones sociológicas de la producción de sentido— cuáles son los principios que están en la génesis de los enunciados, sino *por qué se han producido los enunciados que efectivamente se han producido y no otros igualmente posibles en potencia*.

El concepto clave en esta inversión analítica es el de *reglas de formación*. La noción alude a un sustrato de los fenómenos del discurso que no es evidente ni en las superficies de signos ni en las “condiciones sociales objetivas” en que ellos se producen, pero que opera positivamente en la formación de objetos de discurso, en la instauración de modalidades enunciativas específicas, en el surgimiento y la proliferación de conceptos a través de los cuales son tratados los objetos y en la irrupción de temáticas a las cuales el discurso “se refiere”. A los fines de mostrar la naturaleza de las reglas de formación, Foucault puntualiza una serie de cuestiones que es indispensable, a la luz de nuestro objetivo, revisar con cierto detalle.

Para llegar a identificar reglas de formación de los *objetos*, se propone como tarea orientadora establecer primero *superficies de emergencia*, que pueden definirse como el campo, el espacio, el lugar desde donde los objetos afloran como cosas de las cuales hablar. Revisando los ejemplos que Foucault proporciona, parece claro que estas plataformas de irrupción de enunciados comportan a la vez fenómenos y procesos correspondientes a la esfera de los discursos y a esferas no-discursivas. Se señala, por ejemplo, a la familia, al medio de trabajo, al medio social próximo —hechos sino completamente ajenos al discurso, por lo menos susceptibles de ser pensados de manera no exclusiva ni necesariamente discursiva— pero también al “arte en su normatividad propia”⁵ y, más amplia y por lo tanto ambiguamente, “la sexualidad” o “la penalidad”.

Algo parecido sucede con las *instancias de delimitación*, que son no ya el espacio de surgimiento, sino aquello que “instaura, designa, nombra, aísla” al objeto.⁶ El prin-

3.- Foucault propone, y rechaza sistemáticamente, cuatro posibles criterios: los *objetos* de que se habla, los *conceptos*, las *modalidades enunciativas* y los *temas*.

4.- Michel Foucault, *La arqueología del saber*, op. cit., pág. 62.

5.- Michel Foucault, *La arqueología del saber*, op. cit., pág. 67.

6.- Michel Foucault, *La arqueología del saber*, op. cit., pág. 68.

cial ejemplo es aquí la medicina, descrita como un entramado complejo en el que pueden identificarse realidades discursivas (saberes acumulados y aceptados como verdaderos) y no discursivas (instituciones, individuos, etc.). También se mencionan la justicia penal, definida de una manera predominantemente discursiva (definiciones —irresponsabilidad, circunstancias atenuantes— y nociones —crimen pasional—), la crítica literaria y estética (que podemos imaginar como un fenómeno principalmente discursivo) y la autoridad religiosa como instancia de decisión que separa lo místico y lo patológico, el espíritu y el cuerpo, etc., es decir, como instancia de poder no discursiva, o por lo menos no exclusivamente discursiva.

Las reglas de formación también operan en la aparición de *modalidades enunciativas*, de manera que en su búsqueda se impone una operación similar a la anterior. Se trata, en primer lugar, de establecer históricamente quién es el que tiene derecho al uso de la palabra en un determinado campo (por ejemplo, el de la medicina). Tal delimitación implica la descripción de realidades de discurso, como por ejemplo la existencia de criterios de competencia y saber; pero también, y con mayor fuerza, de realidades no discursivas, como instituciones y normas en vigencia, sistemas de diferenciación y de relaciones de quienes tienen derecho a la palabra con otros individuos o grupos, o los rasgos que definen las relaciones del fenómeno en cuestión —la medicina, en el ejemplo de Foucault— con el resto de la sociedad. Se trata, además, de revisar minuciosamente los ámbitos institucionales en los que el discurso aparece, como el hospital, la práctica privada o el laboratorio.

El funcionamiento de las reglas de formación en la irrupción de *temas* y *modalidades enunciativas* parte también de la descripción de realidades de distinto carácter. Así, por ejemplo, lo que Foucault denomina *formas de sucesión* —la ordenación de las series enunciativas, los modos en los que los enunciados se organizan entre sí y los esquemas retóricos que dictaminan la combinación de tipos de enunciados— o las *formas de coexistencia* —campos de presencia, de concomitancia y de memoria— parecen no reconocer una identidad más que en el plano de los hechos de discurso. Pero, a su vez, interviene también en la descripción de base, la función que ejerce el discurso en un campo de prácticas no discursivas, tarea que incluye la clarificación del *régimen y los procesos de apropiación del discurso* y el establecimiento de *las posiciones posibles del deseo en relación con el discurso*.

Este breve repaso muestra que todo el complejo sustrato de fenómenos y procesos vinculados a las reglas de formación puede ser comprendido como una combinación compleja de hechos discursivos y no-discursivos, un entramado histórico cuya materia esencial son a la vez las palabras y las cosas. La pregunta es, entonces, de qué manera puede y debe pensarse la vinculación entre este complejo y los acontecimientos enunciativos, una manera que no reduzca las superficies de emergencia, las instancias de delimitación, etc., a un conjunto de condicionantes a partir de los cuales se produciría el fluir de los enunciados.

La respuesta de Foucault a este interrogante asigna al discurso un carácter radical-

mente productivo: *el discurso es precisamente el lugar en el que esta diversidad de elementos adquiere una forma combinatoria particular*. La postura había sido planteada ya en *Las palabras y las cosas*, a propósito de la clasificación propuesta en la *Enciclopedia China* citada por Borges. Dice Foucault que “...los animales ‘i) que se agitan como locos, j) innumerables, k) dibujados con un pincel finísimo de camello’, ¿en qué lugar podrían encontrarse a no ser en la voz inmaterial que pronuncia su enumeración, a no ser en la página que la transcribe? ¿Dónde podrían yuxtaponerse a no ser en el no lugar del lenguaje?”.⁷ En *La arqueología del saber*, y retomando los temas de la *Historia de la locura en la época clásica* y *El nacimiento de la clínica*, la postura es precisada con más detalle a la luz de la descripción de las bases de formación de objetos, modalidades enunciativas, temas y conceptos: “...en el discurso psiquiátrico *se ha hecho obrar* un conjunto de relaciones determinadas (...) Relación entre la instancia de decisión médica y la instancia de decisión judicial (...) Relación entre las normas sexuales, familiares, penales del comportamiento de los individuos y el cuadro de los síntomas patológicos y de las enfermedades de que son signos. Relación entre la restricción terapéutica en el medio hospitalario (...) y la restricción punitiva en la prisión (...) Son esas relaciones las que, al obrar *en* el discurso psiquiátrico, han permitido la formación de todo un conjunto de objetos diversos”.⁸ Un poco más adelante, a propósito de la formación de las modalidades de enunciación, se refiere a “...la medicina clínica (...) como el establecimiento de relaciones *en el discurso* médico de cierto número de elementos distintos, de los cuales unos concernían al estatuto de los médicos, otros al lugar institucional y técnico de que hablaban, otros a su posición como sujetos (...), este establecimiento de relaciones de elementos diferentes *ha sido efectuado por el discurso* clínico: *es él, en tanto que práctica, el que instaura entre todos ellos un sistema de relaciones que no está dado ni constituido de antemano...*”⁹

El conjunto de las reglas de formación no debe entenderse entonces como una simple superposición e interacción compleja de elementos heterogéneos (instituciones, técnicas, saberes, normativas, grupos sociales, en fin, discursos y no discursos) —con lo cual nos mantendríamos en la hipótesis sociológica de un conjunto de condiciones de producción del discurso— “sino su entrada en relación (...) *por la práctica discursiva*.”¹⁰

Ahora bien, si no se trata de un conjunto de condicionantes que dictamina el carácter del discurso, sino del discurso mismo como práctica cuya productividad consiste en combinar, en trabar relaciones que sólo en él pueden trabarse, ¿significa simplemente que el discurso “toma” y “mezcla”, que organiza en su superficie de una manera determinada a las realidades múltiples que están en la base de los objetos, los conceptos, los temas y las modalidades enunciativas? La respuesta es negativa. Afirmar es-

7.- Michel FOUCAULT. *Las palabras y las cosas*, Planeta Agostini, Barcelona, 1984, pág. 2.

8.- Michel FOUCAULT. *La arqueología del saber*, op. cit., pág. 72. (Los subrayados son nuestros).

9.- *Ibidem*, pág. 88.

10.- Michel FOUCAULT. *La arqueología del saber*, op. cit., pág. 119. (El subrayado es nuestro).

to sería reconciliarse con el supuesto según el cual el discurso *se refiere a* una dimensión no discursiva (aunque esa referencia sea en algún sentido “productora” de lo no-discursivo); sería volver a sostener, en definitiva, la presencia de las cosas. Por el contrario, Foucault aclara que estas relaciones instauradas por el discurso no deben confundirse con las relaciones primarias extradiscursivas, como la familia o las relaciones sociales en general, pero tampoco con las relaciones que aparecen inscriptas en la superficie del discurso, esas que podrían encontrarse en la “lectura” textual o hallarse explicitadas en su “contenido”.

¿En qué lugar es posible entonces encontrar a las reglas de formación? Este es el momento en el que la propuesta foucaultiana nos obliga a pensar el problema en términos no tradicionales. Para Foucault, las relaciones que conforman las reglas “se hallan en el límite del discurso (...) caracterizan no a la lengua que utiliza el discurso, no a las circunstancias en las cuales se despliega, sino al discurso mismo en tanto que práctica”.¹¹ Las reglas no están ni en discurso ni fuera del discurso, ni en el interior de lo dicho ni fuera de lo dicho, ni en las palabras ni en las cosas, sino en ese enigmático espacio que designa la conjunción gramatical *y*. Puede concederse que se trata de una realidad pre-discursiva, pero solamente en el sentido de que están antes que las *formulaciones* (es decir, de las prácticas concretas de utilización de signos) y por debajo de las *actuaciones lingüísticas* (es decir, por debajo de los conjuntos de signos efectivamente producidos); a condición, en fin, de no confundir pre-discursivo con *extradiscursivo*. Es en este sentido que Foucault insiste reiteradamente en que la intención es *mantenerse en el nivel del discurso*; no es detectar ciertos condicionantes del discurso en espacios que le son exteriores, sino revelar las reglas a las que necesariamente se somete la práctica discursiva y que son parte intrínseca de su propio funcionamiento. Sin embargo, y aunque no cabe duda de que el proyecto arqueológico acentúa el análisis de los aspectos discursivos, sería un error concluir llanamente que esta primacía teórica y analítica del discurso es también una primacía ontológica, es decir, que para la arqueología foucaultiana “sólo hay discursos”. Volveremos a esto en el próximo apartado.

¿Qué consecuencias debemos extraer de la noción de reglas de formación para pensar lo discursivo y lo no-discursivo? Se habrá advertido que partimos de un supuesto que podría cuestionarse: que es posible realizar la distinción entre ambos planos. Además, no nos preocupamos por diferenciar mediante criterio alguno estos dos universos, por sugerir algún principio que nos permitiera establecer con claridad qué fenómenos pueden ser caracterizados como propiamente discursivos y cuáles como propiamente no-discursivos. Se habrá advertido, también, que es a la luz de una definición de sentido común que nos hemos arriesgado a caracterizar a algunos de los fenómenos mencionados por Foucault (crítica literaria, instituciones, relaciones, etc.) como pertenecientes a uno u otro plano. El concepto de reglas de formación nos obliga

11.- *Ibidem*, pág. 75.

por lo menos a complejizar esta manera de concebir a los discursos. La dimensión discursiva no puede ser considerada ya como una capa delgada, como una realidad que se agota en la materialidad de un conjunto de signos interpretables, sino como un conjunto de prácticas que conforman un espeso aglomerado cuya dinámica, dada por las reglas de formación, le pertenece a ella con exclusividad. A dar cuenta de este espesor se orienta el proyecto arqueológico y la trama conceptual que lo sustenta (formación discursiva, función enunciativa, positividad, episteme, etc.).

Aun así, no parece que la propuesta foucaultiana obligue necesariamente a abandonar la idea de dos dimensiones aislables. Y no sólo porque el propio Foucault habla, como veremos en seguida, de “realidades extradiscursivas” que circundan a la capa espesa de los discursos, sino porque, si bien es la naturaleza y la especificidad de los hechos de discurso el tema central del proyecto arqueológico, no parece haber en la propuesta una pretensión de problematizar precisamente *esa parte de la naturaleza específica de los hechos del discurso que los hace distintos de los hechos no discursivos*. No hay, en efecto, un intento aunque más no sea mínimo por establecer la naturaleza de lo discursivo (¿“realidades psicológicas”? ¿“materialidades que remiten a otra cosa”? ¿“ideas” en general?), y la línea que lo separa de lo no discursivo. Esto resulta claro no sólo en una lectura detallada de la argumentación; es evidente en el hecho de que, para referirse a los discursos y aun para realizar sus propias investigaciones, Foucault parte de la simple identificación *a priori* de lo discursivo con lo dicho y lo escrito.

Más allá de nuestra propia arbitraria clasificación de ciertos fenómenos como pertenecientes a uno u otro campo, esta constatación es primordial para desentrañar el tema que convoca nuestra lectura. Lo dejamos en suspenso para retomarlo al final.

Hasta aquí nos hemos mantenido en el plano en que el proyecto arqueológico concentra la mayor parte de sus fuerzas, es decir, en el de los discursos. Sin detenernos en el análisis de las complejas nociones que organizan analíticamente este terreno, hemos destacado que la reglas de formación de los enunciados, y por lo tanto los sistemas de formación y las formaciones discursivas —nociones todas que designan a las condiciones de existencia de los enunciados y de los discursos— son, en su especificidad, nociones *discursivas*. Pero este acento analítico no implica que los fenómenos que quedan fuera del universo designado por esas nociones no encuentren lugar alguno en el proyecto arqueológico. Por el contrario, se trata para Foucault de apuntalar nuevos conceptos capaces de dar cuenta del espesor que caracteriza al campo de lo dicho y lo escrito —y, en especial, de lo que es posible decir y escribir— no para recostarse tranquilamente en la superficie de las palabras sino para ensayar, de una manera distinta a las tradicionales, el esclarecimiento de su articulación con esas instancias ajenas y exteriores al discurso.

Esto es explícito en varios pasajes de *La arqueología del saber*. Así, por ejemplo, al distinguir entre las relaciones primarias (independientes de todo discurso), las relaciones secundarias o reflexivas (que pueden encontrarse formuladas en el discurso) y las

relaciones propiamente discursivas (esas que constituyen las reglas formación), escribe que “el problema consiste en hacer aparecer la especificidad de estas últimas y su juego con las otras dos”;¹² mucho más adelante afirma otra vez que el campo de los enunciados, aunque se puede y se debe describir en su propio nivel, debe ser articulado “sobre otra cosa fuera de él”¹³ y, de manera un poco más precisa, que “el análisis arqueológico individualiza y describe unas formaciones discursivas. Es decir que debe compararlas (...), ponerlas en relación, en lo que puedan tener de específico, con las prácticas no discursivas que las rodean y les sirven de elemento general”.¹⁴

Todo esto significa que la prescindencia de las cosas de que habíamos partido debe ser tomada con cautela; no se trata de negar la presencia positiva de lo extradiscursivo, sino más bien de poner entre paréntesis la concepción de las cosas “...como ley primitiva de un discurso que no se desviaría de ellas sino por el error, el olvido, la ilusión”;¹⁵ obviar, en síntesis, toda referencia a la cosas que sugiera la concepción de una realidad primaria sobre la cual los discursos no harían otra cosa que depositarse, de manera más o menos rebelde o sumisa a su naturaleza.

Es hora de preguntar entonces cuál es el estatuto que lo extradiscursivo tiene en la descripción arqueológica y, más precisamente, de qué manera esa otra realidad que escapa a enunciados, discursos y formaciones discursivas traba relación con las palabras dichas y escritas. Proponemos recorrer con cierto detalle algunas regiones del texto que iluminan esta compleja problemática y las soluciones que Foucault ofrece, intuye o deja pendientes.

Como vimos al principio, la pregunta capital que se propone responder el análisis arqueológico es por qué motivo, de las muchas cosas que podrían haberse dicho, de las infinitas posibilidades que comporta la utilización de una lengua natural, sólo fueron producidos un conjunto específico de enunciados; cuáles son, en definitiva, las *condiciones de existencia* de los enunciados. Este énfasis en las condiciones de existencia —en oposición a las condiciones de posibilidad de las que se preocupa por ejemplo el análisis de la lingüística estructural— supone afirmar para los enunciados el carácter de *rareza*. Más que concebir al universo de lo dicho y lo escrito como un espacio de infinita variedad, la rareza de los enunciados implica por el contrario que nunca se ha dicho todo lo que se podría haber dicho; y más, que en relación a las infinitas posibilidades potenciales de la lengua, “son relativamente pocas cosas las dichas”.¹⁶ Se trata de las reglas de formación en acto y de su consecuencia más significativa, a saber, que “no se puede hablar en cualquier época de cualquier cosa”.¹⁷

Esta característica de rareza permite a Foucault proponer un principio capital para

12.-Michel FOUCAULT., *La arqueología del saber*, op. cit. pág. 75.

13.-*Ibidem*, 207.

14.-*Ib.*, 263.

15.- *Ib.*, 78.

16.- Michel FOUCAULT., *La arqueología del saber*, op. cit. pág. 201.

17.- *Ibidem*, 73.

responder a la pregunta por la articulación de lo discursivo con lo no-discursivo. Si el campo de los enunciados no es infinitamente rico sino más bien pobre, si existe una suerte de ley restrictiva de lo que se puede decir y del modo en que se lo puede decir, el discurso debe necesariamente ser concebido como un bien escaso sobre el cual pesa inexorablemente el sino de la lucha por la apropiación. “Concebido así —escribe Foucault— el discurso deja de ser (...) tesoro inagotable de donde siempre se pueden sacar nuevas riquezas (...) aparece como un bien —finito, limitado, deseable, útil— que tiene reglas de aparición pero que también tiene sus condiciones de apropiación y de empleo, un bien que plantea por consiguiente desde su existencia (y no simplemente en sus ‘aplicaciones prácticas’) la cuestión del poder; un bien que es, por naturaleza, el objeto de una lucha, y de una lucha política”.¹⁸

Este párrafo, que anticipa la argumentación de *El orden del discurso* y prefigura la etapa genealógica, muestra que lo no discursivo —el poder y la lucha por el poder que nombra la política— no es simplemente un espacio añadido como un apósito en el proyecto arqueológico, sino que tiene una entidad y un papel que le son propios. Sin embargo, la naturaleza política de la actividad discursiva no remite solamente a instancias exteriores al discurso, sino que por el contrario está inscripto en su propia naturaleza. “El análisis (...) debe mostrar que ni (...) los procesos de apropiación del discurso (...), ni su papel en las prácticas no discursivas, son extrínsecos a su unidad, a su caracterización y a las leyes de su formación (...), son elementos formadores”.¹⁹ Se trataría por lo tanto, y nuevamente, de elementos componentes de las reglas de formación y, consecuentemente, elementos discursivos o, a lo sumo, prediscursivos en el sentido anteriormente indicado. ¿En qué consistiría entonces la relación con lo no discursivo que se propone en este punto? Sin dudas lo esencial está contenido en la fórmula “aplicaciones prácticas” de los discursos, proposición suavizada sin embargo por unas comillas que advierten sobre la imposibilidad de hablar de “aplicaciones” en un proyecto que pone entre paréntesis la idea de sujetos actuando intencionalmente. Pero es también claro que la fórmula “aplicaciones prácticas” responde de una manera demasiado ambigua, imprecisa y general a nuestra pregunta: la instancia de anclaje y articulación de lo discursivo con lo extradiscursivo no puede ser simplemente la de una segunda vida que, una vez producidos, los discursos encontrarían en su circulación por y a través de instancias institucionales, prácticas, y relaciones de poder.

La característica de los enunciados que Foucault llama *acumulación* propone un ajuste mucho más importante. Aunque deban ser considerados en su carácter de acontecimiento, los hechos de discurso no aparecen en un espacio vacío; antes bien, irrumpen en un campo ya sembrado de otros enunciados entre los cuales encuentra un lugar específico y a los cuales se incorporan según principios de *aditividad* determinados. Esto implica que los hechos de discurso sean considerados en un carácter que Foucault denomina *remanencia*, que significa entre otras cosas que los enunciados

18.- Michel Foucault., *La arqueología del saber*, op. cit, pág. 204.

19.- *Ibidem*, pág. 112.

"...figuran en técnicas que los aplican, en prácticas que derivan de ellas, en relaciones sociales que se han constituido o modificado a través de ellas. Esto quiere decir, en fin: que las cosas ya no tienen del todo el mismo modo de existencia, el mismo sistema de relaciones con lo que las rodea, los mismos esquemas de uso, las mismas posibilidades de transformación, una vez que han sido dichas".²⁰

Hay aquí varias cuestiones abiertas. En primer lugar, ¿qué sentido exacto hay que asignar a la expresión "figuran", en qué sentido podría entenderse que los enunciados "figuran" en técnicas que los aplican? Posiblemente no sea esta una cuestión que pueda responderse en un razonamiento general y abstracto y demande su aplicación a fenómenos empíricos específicos. De todas maneras, se trata de una cuestión esencial si la intención es esclarecer el anclaje entre lo discursivo y lo no-discursivo. En segundo lugar, ¿en qué sentido y de qué manera un enunciado o un conjunto de enunciados pueden comportar la posibilidad de "modificar" y aun de "crear" relaciones sociales? Este tema nos reenvía al poder articulador del discurso al que nos hemos referido anteriormente, pero también al problema de los *actos de habla* que, si bien Foucault no niega como modalidad de análisis productiva en otros contextos, descarta como elemento significativo del proyecto arqueológico. Sin embargo, al igual que en lo anterior, el sentido y el modo en que los hechos de discurso, y en particular los enunciados, podrían tener una productividad de esta naturaleza, es un interrogante de respuesta indispensable que queda abierto.

Lo que indudablemente deja asentado el rasgo de acumulación, sumado a esa capacidad de relacionar lo que sólo pueden relacionarse en el discurso, es que los hechos de discurso tienen lo que podemos llamar una *capacidad de instauración sobre fenómenos no discursivos*. Tal carácter, y por las razones ya esbozadas, no debe asociarse a una mera capacidad de *organizar lo dado*, de incorporar a las cosas un orden que las cosas no tienen en sí mismas. Pero no se trata tampoco de una simple y brutal capacidad de "creación" que lo discursivo tendría sobre lo no discursivo: la instancia de productividad que se le asigna al discurso consiste, digamos, en que el discurso *agrega algo sin conformarlo todo*.

Si esto es así, todo un nuevo abanico de interrogantes de gran complejidad se abre a continuación. Por ejemplo, ¿de qué depende la naturaleza y el sentido de ese agregado? ¿Cuál es la lógica que rige esa fuerza instauradora que el discurso tiene sobre fenómenos de otra naturaleza? ¿Se manifiesta del mismo modo este principio en universos de discurso que, a partir de algún criterio, puedan considerarse diferentes entre sí? Es evidente que en este punto, si es que las respuestas pueden encontrarse en Foucault, deben rastrearse a lo largo de toda su producción y no solamente en la primera etapa.

Sin embargo, hay en esta productividad de los hechos de discurso algo inquietante. Con independencia de la respuesta a las preguntas formuladas, parece sugerirse

20 - Michel Foucault, *La arqueología del saber*, op. cit., pág. 210.

que se trata de una fuerza que el discurso ejerce sobre los fenómenos que le son exteriores, una productividad que se dirige de manera exclusiva desde el discurso hacia lo no-discursivo. El interrogante es entonces si esas realidades exteriores tienen que ver de alguna otra forma con el discurso, si de alguna manera el vector puede orientarse también en una dirección inversa, *si solamente el discurso hace algo con las cosas o si, además, las cosas hacen o pueden hacer algo con el discurso.*

La primera y más simple respuesta es que las realidades extradiscursivas no son absolutamente impotentes ante el discurso. Si bien el discurso tiene capacidad de instauración, y si bien se trata de “prescindir de las cosas”, la arqueología no niega la existencia de acontecimientos irreductibles a lo discursivo. Sin dudas, las revoluciones, las crisis económicas, los movimientos poblacionales y las decisiones políticas, tienen lugar, *existen*. Como tal, y aunque estemos condenados a saber de ellos sólo por intermedio del instrumento opaco del lenguaje, son capaces de modificar también el ámbito de existencia de los enunciados, conformando y modificando de manera constante a las *superficies de emergencia*, participando activa y permanentemente en la organización de las *instancias de delimitación*, ayudando a establecer y a modificar la frontera entre los que tienen y los que no tienen derecho al uso del discurso, dando contenido a la “función” de los enunciados en su existencia social. En este simple sentido, las reglas de formación, y por lo tanto las formaciones discursivas, y por consiguiente los discursos, no son ni pueden ser nunca realidades absolutamente ajenas a lo no-discursivo.

Pero esto no debe ser confundido —y volvemos una vez más a la “prescendencia de las cosas”— con una transparencia del discurso o, más precisamente, con una relación transparente entre el discurso y su exterioridad. Los acontecimientos exteriores al discurso pueden ser retomados por él, pueden ser conceptualizados en él, convertidos en objeto de análisis, teorizados, descriptos, clasificados y aun estetizados a través de la poesía, pero siempre con la mediación de las reglas —discursivas— que rigen su funcionamiento. Son las reglas de formación el tamiz que da cuenta de la manera específica en que los hechos no discursivos pueden convertirse en materia del discurso. “La arqueología no niega la posibilidad de enunciados nuevos en correlación con acontecimientos ‘exteriores’. Su cometido consiste en mostrar en qué condición puede existir tal correlación entre ellos, y en qué consiste precisamente (cuáles son sus límites, su forma, su código, su ley de posibilidad). No esquiva esa movilidad de los discursos que los hace moverse al ritmo de los acontecimientos; intenta liberar el nivel en que se pone en marcha, lo que pudiera llamarse el nivel del *embrague* del acontecimiento”.²¹

Discurso y no-discurso tienen, por lo tanto, modalidades y reglas de existencia que le son propias e irreductibles. Los sucesos, por un lado, reconocen su principio rector en la lógica de las relaciones, del poder, de las instituciones, de la economía, de la po-

21.- Michel Foucault. *La arqueología del saber*, op. cit., pág. 281.

lítica; pero los discursos, a su vez, suponen en su funcionamiento un espeso sistema rector dado por reglas y formaciones que prescriben de qué cosas puede hablarse, de qué modo puede hablarse de esas cosas, con qué conceptos pueden interpretarse y comprenderse esas cosas. Aún así, hay lazos que vinculan a ambas esferas de manera tal que ninguna de ellas es absolutamente independiente de la otra ni puede reconocerse en la especificidad de su existencia sin la otra.

Volvemos, pues, a la pregunta principal: ¿de qué naturaleza específica son esas relaciones? ¿Qué contenido puede asignarse a esa vinculación de dos direcciones que se establece entre los universos del discurso y de la realidad extradiscursiva? Aquí, el planteo de Foucault opera por negación. Negación, en esencia, de las dos maneras tradicionales de pensar lo material y lo simbólico que pueden sintetizarse en las fórmulas del reflejo y la causalidad. Una opción es, en efecto, pensar la relación entre las prácticas discursivas y las realidades exteriores a través de la lógica de la causación, donde una de las dos dimensiones se constituye como efecto de la restante. En algunos casos esta lógica causal deriva hacia una posición “idealista” que concibe al discurso como el productor de la realidad; en otros tiende a un “materialismo” según el cual una realidad primaria determina causalmente lo que es posible construir discursivamente a través de ella. La otra posibilidad, heredera directa de ciertas corrientes del marxismo y ligadas a la hermenéutica, es pensar esta relación como un juego de espejos, es decir, no ya mediante la lógica de la causalidad —aunque ella no se está completamente ausente— sino en la lógica de la representación.

Foucault rechaza por igual ambas posturas. “Los fenómenos de expresión, de reflejo y de simbolización no son para ella más que los efectos de una lectura global en busca de las analogías formales o de las traslaciones de sentido; en cuanto a las relaciones causales, no pueden ser asignadas sino al nivel de contexto o de la situación y de su efecto sobre el sujeto parlante; unas y otras, en todo caso, no pueden ser localizadas sino una vez definidas las posibilidades en que aparecen y las reglas según las cuales han sido formadas esas posibilidades. El campo de las relaciones que caracterizan a una formación discursiva es el lugar desde el cual las simbolizaciones y los efectos pueden ser percibidos, situados y determinados. Si la arqueología confronta el discurso con cierto número de prácticas, es para descubrir unas relaciones mucho menos ‘inmediatas’ que la expresión, pero mucho más directas que las de una causalidad relevada por la conciencia de los sujetos parlantes. Quiere mostrar no cómo una práctica política ha determinado el sentido y la forma del discurso médico, sino cómo y con qué título forma ella parte de sus condiciones de emergencia, de inserción, de funcionamiento”.²²

Si bien resulta clara la negación de las posturas tradicionales, la propuesta efectiva de Foucault no va más allá de lo que hasta aquí hemos reseñado. Si las formaciones discursivas preceden a la causalidad y al reflejo, son “el lugar desde el cual las simbo-

22 - Michel FOUCAULT, *La arqueología del saber*, op. cit., pág. 274.

lizaciones y los efectos pueden ser percibidos, situados y determinados”, y si esas reglas que las constituyen son, como vimos, de carácter discursivo, la pregunta por la articulación, que el propio proyecto arqueológico considera de su competencia, continúa sin respuesta.

Un posible curso de análisis parte de precisar la negación de la reducción causal del vínculo entre discurso y no-discurso. Si no se trata de negar la causalidad como principio explicativo de fenómenos reales en general, es posible pensar la relación entre lo discursivo y lo no-discursivo como una causalidad compleja, extensa, microscópica, remisible al infinito e imposibilitada, por lo tanto, de privilegiar una de las dos direcciones. En este caso, se trataría simplemente de negar causalidades macroscópicas y unidireccionales en pos de vinculaciones más complejas y desconocidas. Foucault no toma este camino y es sin duda discutible su compatibilidad con el sentido y el espíritu de *La arqueología del saber*.

Puede decirse, como esbozo de síntesis de los pasajes examinados, que el sentido de la relación entre lo discursivo y lo no-discursivo tiene en Foucault, por lo menos en *La arqueología del saber*, una resolución precaria. Sabemos fehacientemente, en primer lugar, que la arqueología, como proyecto y práctica de análisis de discursos, afirma con insistencia no sólo la existencia de aspectos no discursivos de la realidad, sino la necesidad de integrarlas al análisis de lo que es propio del discurso. Sabemos, además, que si bien los hechos del discurso tienen la capacidad distintiva de vincular regiones que sólo en ellos pueden vincularse, y que en este sentido los discursos tienen cierto poder de instauración sobre las realidades extradiscursivas; también lo no-discursivo puede cambiar las condiciones en las que surgen los discursos y ser, a su manera, productivo en relación con lo discursivo. Sabemos, por último, que la vinculación que quiere entablarse entre ambas esferas no debe ser analizada en términos de causalidad y de simbolización, pero no queda claro cuál es el estatuto específico de esa vinculación.

Pueden indicarse algunos elementos del proyecto arqueológico que ayudan a explicar este resultado. En primer lugar, la afirmación del carácter de acontecimiento de los enunciados, que supone, como principio orientador, entender a los hechos de discurso como fenómenos autónomos cuyas reglas de funcionamiento deben buscarse en realidades internas al campo de los discursos mismos. Este principio, sin el cual no se sostiene buena parte de la arquitectura argumentativa de Foucault —en especial mucho de lo que en su propuesta hay de negación de otras posturas posibles—, no puede ser compatibilizado fácilmente con la afirmación de que los hechos de discurso son también, de alguna manera, fenómenos ligados a aspectos exteriores. Se trata de dos principios de síntesis muy problemática: el primero afirma una autonomía que el segundo pone en cuestión.

En segundo lugar, si bien la propuesta de Foucault afirma la existencia de lo extradiscursivo —y en este sentido se aparta, o pretende apartarse en lo explícito, de todo posible “imperialismo semiótico” o “pandiscursivismo”— afirma también que sobre la

naturaleza exacta de esa realidad exterior al discurso nada puede decirse con certeza. Asumir el problema de la representación, el problema de el hiato entre los signos y sus referentes (la no inmediatez de las cosas), supone también *un férreo obstáculo para dar cuenta de la naturaleza de esa dimensión no discursiva de la realidad*. Si a esto agregamos que la fuerza esencial del proyecto arqueológico se dirige a cambiar el modo de concebir la otra realidad, la discursiva, se comprende por qué es tan dificultosa la tarea de vincular ambos terrenos. Se trata, ni más ni menos, de articular conceptualmente una realidad apenas y trabajosamente esclarecida a fuerza de conceptos novedosos y en formación, con una realidad de la cual, por principio, no podemos afirmar absolutamente nada. En este sentido, el problema de la representación, que Foucault afirma como tal esencialmente en *las palabras y las cosas*, tiene entre sus muchas indeseables consecuencias la de colocar una barrera a la comprensión del problema que estamos tratando de elucidar.

Por último, hay una razón epistemológica que puede también estar en la raíz del problema. Tradicionalmente se ha distinguido entre *explicar* una determinada gama de fenómenos y *describirlos*. En el primer caso se trataría de responder el por qué de los hechos de que se pretende dar cuenta, la ley que los rige por debajo de su evidencia inmediata y que da sustento a la regularidad con que se manifiesta; en el segundo, se trata simplemente de mostrar cómo es que ocurre un hecho específico. Aunque la pregunta principal que Foucault formula en relación a los enunciados es la pregunta por las condiciones de existencia, es decir, *por qué* este enunciado y no otro, presenta permanentemente al proyecto arqueológico como una *descripción*. Es posible que este carácter descriptivo encierre si no la imposibilidad, por lo menos una traba importante para establecer de manera conceptualmente aceptable algunos *principios* de relación entre lo discursivo y lo extradiscursivo. Así se manifiesta en la negación sistemática de todo posible orden a priori de la realidad en general y de la realidad discursiva en particular —orden de la evolución, del progreso, de la contradicción fundante— que es, en definitiva, la negación, al menos como punto de partida, de la posible regularidad de cualquier tipo de relación, incluida la que puede establecerse entre el orden de las palabras y el orden de las cosas.

Retomemos brevemente, para finalizar, los principales resultados de nuestro recorrido. Dijimos que si bien Foucault propone un aparato conceptual intrincado destinado a pensar el discurso de una manera no subsidiaria de supuestos *a priori* de continuidad y orden, parece operar con un criterio de distinción entre discurso y no-discurso muy cercano al sentido común: la realidad del discurso es esencialmente la de las cosas dichas y escritas; la realidad extradiscursiva es la de las instituciones, las relaciones de grupo, etc. La propuesta arqueológica, por lo tanto, no ingresa en la discusión acerca de la *naturaleza* de lo simbólico y de lo no simbólico. Además, afirmamos que el problema de la vinculación de lo discursivo con lo extradiscursivo no aparece resuelto de manera convincente, sino solamente esbozado como relación que es necesario establecer, que la arqueología no niega y que no se reduce a la afirmación de dos universos con naturalezas y dinámicas irreductibles.

Parece claro que estas dos constataciones no son independientes entre sí. Si resulta difícil establecer relaciones entre el universo de los discursos y el universo no-discursivo, si no es claro de qué manera específica las reglas de formación del primero se articulan con la realidad del segundo, es también, además de los motivos sugeridos al final del apartado anterior, porque *cualquier especificación de relación demanda como tarea lógicamente previa una especificación de naturaleza*. Difícilmente sea posible pensar la relación entre discurso y no-discurso sin establecer previamente la naturaleza de los fenómenos que se trata de vincular.

Es necesario preguntarse si estas limitaciones tocan el núcleo del proyecto arqueológico o si, por el contrario, se trata simplemente del resultado de una lectura realizada desde interrogantes que no son los que se propone responder la propia obra. Hay, sin duda, algo de ambas cosas. Por un lado, no es justo demandar a un texto cuyas energías se concentran en mostrar la necesidad y la posibilidad de pensar el discurso de otra manera, que resuelva todas las inquietudes desde las cuales puede ser leído. Siempre es posible, frente a un texto fundacional como *La arqueología del saber*, señalar problemas, contradicciones y limitaciones que viven parasitariamente de la riqueza de la propuesta original. Sin embargo, también es cierto que la imposibilidad de formular principios acerca de la articulación efectiva entre lo discursivo y lo no-discursivo es, y partiendo del modo en que el propio Foucault presenta explícitamente su proyecto, una asignatura pendiente que hace a la propia especificidad del emprendimiento.■

Bibliografía

- Gilles DELEUZE, *Foucault*, Paidós, Barcelona, 1987
 Michel FOUCAULT, *La arqueología del saber*, Siglo XXI, México, 1995
 Michel FOUCAULT, *Las palabras y las cosas*, Planeta Agostini, Barcelona, 1984
 Michel FOUCAULT, *El orden del discurso*, Tusquets Editores, 1971
 Oscar TERRAN, *Michel Foucault. Discurso, poder y subjetividad*, El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1995